

**RESUMEN (no oficial) DEL  
MENSAJE DE MONS. VICENTE MARTÍN  
EN LA JORNADA DE BUENAS PRÁCTICAS CON LOS MIGRANTES Y REFUGIADOS  
- 22 de marzo de 2025, parroquia de S. Hilario de Poitiers -**

**UNIDOS EN ESPERANZA, CAMINAMOS CON LOS MIGRANTES**

El jubileo “peregrinos de esperanza” es un tiempo favorable para reavivar la esperanza, la propia y la de la comunidad cristiana y para abrir caminos de esperanza para los más vulnerables.

En la bula “Spes non confundit” el Papa Francisco nos dice que estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria.

Continúa la bula diciendo que “no pueden faltar espacios de esperanza hacia los migrantes, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias “. Efectivamente, tenemos el reto de ser constructores de espacios de esperanza, zonas liberadas para recuperar la vida y la dignidad de las personas más vulnerables. Ellos son, no lo olvidemos, destinatarios privilegiados del Evangelio y tienen derecho a que les alcance el gozo del Evangelio.

No puede ser que sus esperanzas se vean frustradas por cerrazones y prejuicios, es necesario que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad para que a nadie se le niegue el derecho a construir un mundo mejor.

Se trata en primer lugar de salir al encuentro de las personas, acogerlas y acompañar sus vidas en un recíproco intercambio que nos enriquece mutuamente. El ancla es el símbolo de la esperanza. Infundir esperanza es ofrecer a quien se encuentra movido por el temporal del sufrimiento un lugar donde apoyarse, ser para él un agarradero, un ancla que mantiene firme, y no a la deriva, la barca de la vida. Ser alguien con quien compartir los miedos y las ilusiones. Cada encuentro, cada relación de ayuda significativa, cada diálogo sanador es sacramento de esperanza para los más vulnerables.

Pero también tenemos el reto de ser constructores de espacios de esperanza, zonas liberadas para recuperar la dignidad y la vida de las personas más vulnerables. Nuestra vocación es el servicio del bien común y trabajar desde la caridad política que busca organizar y estructurar la sociedad de modo que el prójimo no tenga que padecer miseria y que se manifiesta en la lucha por la justicia y en aquellas acciones que procuran construir un mundo mejor. Es necesario crear instituciones más sanas,

regulaciones más justas y estructuras más solidarias, que permitan modificar las condiciones sociales que provocan sufrimiento (cf. FT, 180, 186). Esto reclama la protesta y la propuesta.

En este sentido, abogamos por **un pacto nacional de migraciones** que reúna a todos los partidos políticos, con el fin de superar los discursos ideológicos y oportunistas, y establecer un marco de actuación que conjugue la dignidad humana, el bien común, la seguridad y las responsabilidades compartidas.

Estamos convencidos que es necesario enfrentar el desafío de la migración desde una perspectiva humana: la dignidad de cada persona debe prevalecer por encima de discursos económicos, ideológicos o intereses regionales excluyentes. Proponemos una cultura del diálogo que ayude a despolarizar y desideologizar este tema.

Y la propuesta de la Iglesia es la cultura del encuentro, una cultura que sea respuesta a las llagas de este tiempo, caracterizado por una pobreza creciente y el drama de las migraciones forzadas. Colaborar en la cultura del encuentro compromete a toda la Iglesia al reto global de la movilidad humana, facilitando el acceso y restitución en derecho a personas migrantes y refugiadas e incorporando a nuestra acción social el modelo de la hospitalidad, la interculturalidad y el cosmopolitismo samaritano (cf. FT 130).

Un gran desafío es erradicar toda actitud de racismo, discriminación y xenofobia, que algunos partidos políticos fomentan con fines electoralistas (cf. FT 39), y en la que algunos cristianos caen (cf. FT 39). Es necesario apostar por un modelo de convivencia intercultural, que respete las diversas cosmovisiones y estilos de vida (cf. FT 219).

Dicho modelo ha de pivotar sobre la igualdad de oportunidades en la sociedad de acogida, el reconocimiento de la diversidad cultural (cf. FT 219) y la promoción de comunidades acogedoras, aquellas que abren sus puertas a las personas que llegan para que a nadie les falte nunca la esperanza de una vida mejor (cf. FT 125).

Comunidades acogedoras y misioneras es la invitación que hace la CEE en su último documento sobre la pastoral con personas migrantes y que tiene como objetivo suscitar un cambio de la conciencia y del enfoque de quienes conformamos la Iglesia, que nos ayude a ir configurando comunidades acogedoras. No se trata de ayudar a los migrantes, sino de configurar comunidades que sean auténticos espacios de encuentro, de humanización, de fraternidad.

La propuesta pastoral es transversal: **CON** personas migradas en una Iglesia en salida donde caben todos y cuyos retos son:

- **Ad intra:** tiene que ver con nuestra manera de vivir la **catolicidad**. Ensanchar la tienda desde el respeto a la diversidad que enriquece la comunidad.
- **Ad extra: salir al encuentro de los descartados**, a quienes estamos llamados a reconocer y cuidar. Y desde la caridad animar a la conversión del corazón.

Entre los criterios y claves a tener en cuenta destacan:

- Una **mirada creyente** para acoger la valiosa aportación de las personas migradas a nuestra sociedad y a nuestra Iglesia.
- Una **mirada global:** el derecho a no tener que emigrar: es decir, a tener las condiciones para permanecer en la propia tierra; el derecho a migrar y la ciudadanía global, se requiere de un ordenamiento mundial jurídico, político y económico que tome en cuenta lo local y lo global.

Termino mi saludo destacando este encuentro donde queremos compartir esas buenas prácticas que, por una parte nos aportan luces y, por otra, nos animan a todos a seguir trabajando. El Papa Francisco dijo: cuando uno sale de su tierra, Dios le regala una Iglesia como madre.